TEGUCIGALPA, 10 DE NOVIEMBRE DE 1894. NÚMERO 21

EL PENSAMIENTO

SEMANAL LITERARIO.

DIRECTOR Y FUNDADOR, F. TURCIOS.

REMEMBRANZAS

A AMALIA.

Llegar á la cumbre de la montaña, allí donde una tosca cruz de madera divide ambos declives, me he detenido un instante para mirar hacia atrás.

La inmensa cordillera se destacaba en lontananza como una interminable cinta azul, y las llanuras, como esmeraldas luminosas, se prolongaban á lo léjos, atravezadas por la corriente plateada del Guayape, en cuyas aguas se reflejaban los primeros rayos del sol. Las brumas, desgarrándose en girones de encajes, se disipaban poco á poco, dejando descubiertas las colinas, cuyos árboles, bañados por los vapores matinales, parecían sacudir sus ramas á las caricias de la luz.

La brisa, una brisa arrulladora y perfumada, que me traía los recuerdos del nativo valle, modulaba una música triste al colarse entre las hojas como si una fúnebre melopea de notas extrañas lanzara el canto del eterno adiós. La mañana era espléndida: en el contraste de luz y colores parecía que la naturaleza sonreía al cielo. Abajo todo era verde: el árbol y la planta, la colina y la montaña: arriba todo era blanco en las nubes y azul en el firmamento: el sol, como faro gigantesco, iluminaba la limpidez y harmonía de las dos inmensidades.

Allí estaba ante aquella vejetación exuberante y grandiosa que hace de Olancho un paraíso de verdura y riqueza natural. Allí estaba ante aquel pintoresco panorama en el que la poesía real del color y de la luz se unía en fusión á la mágica poesía del sentimiento....

A mi pesar se agrupaban los recuerdos en mi cabeza: ya no revoloteaban en élla como pajarillos rosados de alas blancas sino como grandes mariposas negras: ya no eran violetas, camelias y margaritas de oro sino pálidos lirios enfermos.... Había, sí, un "no me olvides" marchito....¿Sería el que, símbolo de su lealtad, me dió la amada de mi corazón la víspera de mi viaje? ¿Sería el de mi novia, la niña que en el ensueño del primer delirio ví en el templo arrodillada junto á mí, blanca y sonriente con la corona de azahares y el inmaculado traje virginal?....Si no tuviéramos recuerdos, que felices seríamos!

Cuando la ilusión se muere y en el jardín de la esperanza no se encuentra una flor para su tumba, ni en los ojos el rocío de una lágrima: cuando el corazón indiferente no se conmueve á la vaga remembranza de su primer extremecimiento de locura, ni hay insomnios crueles, explosiones de tristezas y ecos de sollozos apagados por el llanto, entonces es que ha muerto el alma, ò cansada y herida ha volado al cielo.

***

Oh plácida y risueña naturaleza, límpido azul, brillante sol tropical! Oh suprema alegría de lo infinito que tan raro contraste has formado con los supremos dolores de mi espíritu!....

Cuando pasaron las horas y llegó la tarde, una tarde serena con rumores lejanos y cantos apagados de pájaros viajeros, oí vagos y distantes los ruidos quejosos de una campana. Era la del pueblecito de G, que doblaba lúgubremente en el día de difuntos....

Aquellos ecos agonizantes me trajeron la idea exacta del tiempo, que en el camino había

perdido. Estábamos en noviembre: el mes de las tristezas se hacía anunciar con sus ráfagas glaciales y con sus crepúsculos opalinos de nubecillas de oro.

Noviembre! Había llegado el viejo mes de la cabeza blanca, tiritando dentro de su gran capa de hielo. Allá, en el Norte, bajo el níveo sudario agonizan las flores y los pájaros. En el buche harmonioso se apaga el gorjeo del pajarillo que entonaba á la aurora su cantar primaveral y como las esperanzas al contacto de la realidad se desvanecen los perfumes de los rosales. Aquí, en pleno tròpico ardiente, las flores no se marchitan ni los pájaros se mueren.....pero en las almas enamoradas los ideales tiemblan de frío y las ilusiones sollozan ateridas sin el aliento del cariño inmortal.

El crepúsculo se apagó con un chispazo de luz moribunda, y llegó la noche, negra, helada. Al verme en el camino solitario, inconsciente se me vino el recuerdo de la sombría leyenda de Becquer, en que, en una noche como aquella, un caballero supersticioso y enamorado había perecido por satisfacer un capricho de su novia, que á la mañana siguiente murió de horror y espanto al saber la noticia.....Mi fantasía, en vuelo vertiginoso, me hacía contemplar el baile diabólico y espectral de la mujer caprichosa y pueril sobre la tumba del legendario caballero.

Antojábaseme que la montaña que dejaba atrás, envuelta en los crespones da la noche, era aquel misterioso monte de las Animas, [illegible]al y aterrador. El rumor de la campa[illegible] se oía apagado y lejano, el viento silba[illegible]...sólo faltaba Beatriz!

F. TURCIOS.

8 de noviembre de 1894

EL SAUCE DE SANTA ELENA

(Paráfrasis de Mery)

Grande, inmortal y tranquilo
reposa en su último asilo
este ilustre Emperador;
al armonioso concento
de las olas y del viento
y de una fuente al rumor;

junto al mármol de su huesa
alza y dobla la cabeza
un sauce murmurador;
y lágrimas de congojas
verter parecen sus hojas
cubriendo al Emperador.

Bajo el árbol funerario
donde el buho solitario
reclínase á descansar,
duerme como ante una hazaña
bajo tienda de campaña,
siempre listo á batallar;
y cuando el águila altiva
hiende el aire y se oye arriba
la voz del trueno rodar,
creeríase verlo airado
levantarse y denonado
lid con la muerte librar.

Cuando la tarde declina,
de lo alto de la colina
sobre el triste panteòn,
se ve al sauce vacilante
como si fuera un amante
abrazarlo con pasiòn;
y se oye la queja santa
que el árbol mustio le canta
como una consolación:
es una elegía ignota
que cae en la piedra rota
de la noche en la oración.

Para contarle en la tierra
su vieja gloria de guerra
de quince años colosal,
existe tan solamente
un árbol flébil, doliente,
cual cortesano leal.
De tántos lauros y bienes
que el mundo arrojó á sus sienes
¿qué le resta al inmortal?
un sauce en la roca dura
es el arco de verdura
que el tiempo le da, triunfal!

Visitando allí su huesa
se descubren la cabeza
los marinos, con amor;
y de aquel sauce que llora,
una rama tembladora

se reparten con fervor;
y en las estrellas confiando
van las velas desplegando
y es el retòrno mejor,
porque diz que aquel follaje
da buen viento y buen anclaje
al buque balanceador.

J. A. DOMÍNGUEZ.

ELLA

¿Queréis verla?
Allí la tenéis.
distingue, entre todas por su graciosa
edad, su modestia nunca afectada, y su
ble trato.
iene porte de reina; su andar regio y sua-
emeja al de las sultanas de Oriente; su
po, alto y delgado, de cimétricas propor-
es, lo envidiaría la misma Vénus.
o es blanca; nació en la zona tórrida, y el
e fuego de los tròpicos acarició su cuer-
e virgen. Vesta le besó los labios y las
llas, y desde entonces le arden como la
del granado: es morena y ardiente.
e estado cerca de élla; derrama simpatía.
ijado en mí los ojos; y su mirada embria-
ora, mágica, anegada en dulzura infinita,
ha hecho estremecer de cariño, de cariño
élla.....¡Y cuidado que yo no soy muy
ta á impresionarme por una linda cara!..
u semblante es sereno; sus ojos, cuando
quiere, miran como viéndose; su corazòn
rna sagrada llena de castísimos afectos é
aculados sentimientos.
iene una dignidad natural, una majestad
avasalla. Muchos dicen que es orgullosa;
éclaro que es amable hasta donde lo per-
n serlo la buena educación y el decoro.
iene un carácter bonísimo, invariable; con
o siempre se ha mostrado igual; inteligen-
sensata, nunca la he visto descender á
garidades.
ella y sensible, necesita de goces purísi-
, de felicidad completa; un cariño inmen-
o haría inmortal; desengaño triste la mata-

Ojalá en su vida sòlo encuentre afectos sinceros, y personas que, como yo, al comprender su angelical corazón, al sentir su mirada embriagadora, mágica, anegada en dulzura infinita, se estremezcan de cariño inmortal por élla, que eso y más merece.

LUCILA GAMERO MONCADA.

Danlí, octubre 1894.

EN ALTA MAR

A. JUAN B. ECHEVERRÍA.

Sobre las pardas moles de olas que ruedan,
—Montañas de sombras, fantasmas de espumas,
Do el gris y el verde al negro se enredan,—
Sus frígidas alas sacuden las brumas.

Montañas de sombras, fantasmas de espumas
Vienen del hondo, azul, glacial horizonte;
Sus frígidas alas sacuden las brumas,
Y se irgue el turbio, oleaje en hórrido monte.

Vienen del hondo, azul, glacial horizonte
Rugir de jaguares, bramar de leones,
Y se irgue el turbio oleaje en hórrido monte,
Y se oyen preludios de ignotos ciclones.

Rugir de jaguares, bramar de leones,
Las broncas ráfagas del bóreas remedan,
Y se oyen preludios de ignotos ciclones
Sobre las pardas moles de olas que ruedan.

ABRAHAM Z. LÓPEZ-PENHA.

Barranquilla, Colombia, 1894.

A PROPOSITO DE UN PLAGIO

Así se intitula un artículo publicado en el *Diario de Caracas*, correspondiente al 5 del pròximo pasado septiembre. En tal artículo, un señor Julio M. Alvarez, un desconocido de quien jamás hemos visto ni una línea, se nos viene por allí, furibundo, con intención de pulverizarnos, acusándonos de cínicos plagiarios. Dice que vivimos copiando á los literatos venezolanos, que Arturo Ambrogi sacó su *Asueto* (que fué publicado en *El Indice* de esta ciudad allá por el més de febrero del año próximo pasado) de *De temporada* de un se-

ñor Urbaneja Achelpohl (que se publicó en *Cosmópolis* no recuerdo si en marzo ó en abril de este año, es decir, *después de un año* de haberse publicado el de Ambrogi), y que *Rose Pompón* (que fué escrito en agosto de 1893 y que yo personalmente llevé á Guatemala y entregué á Próspero Calderón, quien lo hizo publicar en *Guatemala Ilustrada*, de que él era director, fué tomado de *Eterna Eva* de Cabrera Malo (que se publicó este año también en *Cosmópolis*), y que yo saqué mi artículo "La Pluma," de otro de Pedro César Dominici. Al señor Alvarez no le place que yo diga que *La Pluma* goza de envidiable fama, y dice; "han de saber ustedes que *La Pluma* es un periodiquillo que tiene por objeto publicar composiciones de unos cuantos que escriben en San Salvador cosas *decadentes* ó sea *disparatadas.*" No cabe duda, este señor Alvarez ó carece de sentido común ó no lee *La Pluma*, pues eso de llamar *disparatadas* á las composiciones de Bolet Peraza, de Miguel Eduardo Pardo, Manuel del Palacio, Gutiérrez Nájera, Manuel S. Pichardo, Ismael Enrique Arciniegas y de otros distinguidos literatos hispano-americanos y españoles que colaboran en *La Pluma*, y las de los salvadoreños Gavidia, Carazo, Masferrer y Acosta, todos ellos bien conocidos y sin que se les pueda achacar de *decadentes*, me parece realmente un disparate. Los *decadentes* que escriben en *La Pluma* son: Arturo Ambrogi, que, como dice Masferrer, es el único que ha pretendido aclimatarlo en El Salvador, pero que en vez de lograrlo, él mismo va dejando secar esa planta exótica; Rubén Darío, Abraham Z. López Penha, Darío Herrera y E. Gòmez Carrillo (que no escriben en San Salvador).

Diré más con respecto á la buena reputación de *La Pluma* y de su director: literatos de la talla de Nuñez de Arce, Vargas Vila, Bolet Peraza, Caro, Ricardo Palma y otros más le han enviado cariñosas frases de aliento, y revistas tan acreditadas como *Las Tres Américas y La Revista Ilustrada* de Nueva York, *El Fígaro*, de la Habana, y multitud de periódicos hispano-americanos han reproducido en sus columnas muchas de sus producciones.

El señor Alvarez sin duda supone que sólo el señor Dominici ha tratado en América la cuestión de las escuelas francesas, pues asegura que todos los párrafos de mi artículo *La Pluma* en que hablo de *impresionistas, parnasianos, decadentes, magníficos*, etc, etc, son tomados del artículo *Simbolismo decadente*. A este respecto, sólo diré al señor Alvarez, que yo, mucho antes de que llegara á mis oidos el nombre del señor Dominici, he hablado (casi en los mismos términos del artículo en referencia) de las mencionadas escuelas francesas, citando y poniendo entre comillas las opiniones de literatos europeos bien conocidos, como Zola, Verlaine, Richepin, Bourget, Symons y otros. Para convencerse de ésto, el señor Alvarez no tiene más que hojear las colecciones de *La Juventud Salvadoreña, El Repertorio Salvadoreño*, de la misma *Pluma* y *de El Bien Público* de Quezaltenango (Guatemala).

Muchos artículos sobre Paul Bourget, escritos por jòvenes sudamericanos he visto después de haberse publicado el mío, y más de uno ha estado de acuerdo conmigo; sin embargo, nunca se me ha antojado decir que los principiantes sudamericanos me están plagiando.

Entre los párrafos que dice el señor Alvarez que le he copiado á Dominici, se encuentran los siguientes (que cualquiera puede ver en *La Pluma* entre comillas): "es necesario atacar el *decadentismo*, es necesario ridiculizar el *modernismo*, etc." Esto, señor mío, se dice á cada momento y en todas partes; no son palabras de exclusiva propiedad del joven literato venezolano.

Este es otro: "Se ha llegado á decir que los *decadentes* son unos enfermos." (Plagio, dice el señor Alvarez, porque Dominici dice que llaman al decadentismo *literatura enfermiza*).

El sistema general nervioso y la sustancia gris de los centros pueden venir degenerando en los cerebros de nuestros antepasados y producir la *decadencia* en los nuestros..... en la sustancia nerviosa cerebral."

Está bien, pero el señor Alvarez no dice que esto lo puse entre comillas, y que, á renglón seguido, escribí este parrafito:

"Todas estas charlatanerías de los hombres científicos nos han hecho reir á carcajadas,

Por último diré al señor Alvarez que nosotros, para referirnos á los literatos franceses contemporáneos en nuestros escritos, no esperamos *Cosmópolis* para ver qué es lo que dicen los jòvenes venezolanos; no, señor, lo que esperamos son periódicos de París, de la Habana ó de España, que son los que nos ponen al tanto del movimiento de las letras en París.

JUAN A. SOLÓRZANO.

San Salvador, octubre de 1894.

AUSENCIA

*

Oh qué inmensa tristeza la que siento!
De qué negros pesares se ha llenado,
Esta alma á que das vida con tu aliento
Oh mi cándido ensueño idolatrado!

*

Cuando te dije adios sentí que inerte
Se quedó el corazòn que te ama tanto:
Comprendí que la ausencia es una muerte
De ilusiones regadas por el llanto.

*

En el desierto aterrador y frío
De mi esperanza entristecida y mustia,
Surgiò tu imagen blanca, dueño mío,
Flotando en brumas de infinita angustia.

*

Tu recuerdo de luz en la memoria
Se grabò en caracteres de colores:
Te ví morir cual pasajera gloria,
Como se mueren todos mis amores.

*

Tus palabras vibraron en mi oído
Con la música ideal de la inocencia:
Son tan densas las sombras del olvido,
Tan oscuros los días de la ausencia!

*

Ya es mi cariño como el prado yermo
De florecillas muertas tapizado:
Me siento por tu amor triste y enfermo,
Oh mi cándido ensueño idolatrado!

F. TURCIOS.

de octubre de 1894.

EL BESO.

A MI QUERIDA AMIGA LA DISTINGUIDA SEÑORITA LUCILA GAMERO MONCADA.

[Continuación.]

—

(véase el número 18)

Ya en el pueblo casi la habían olvidado. Estaba notablemente cambiada: cuando la conocimos era pálida; pero entonces su palidez era agradable con ligero tinte de rosa y púrpura y en época en que tuvieron lugar los acontecimientos que narramos su palidez era intensa mate, sus negros y hermosos ojos carecían de brillo, de aquel brillo seductor que atraía las miradas de todos, sus labios ya no ostentaban el rojo del coral y la granada: eran también pálidos.

Había desaparecido para no volver más de ellos la alegre y festiva risa.

En fin Clorinda estaba transformada, tanto en su parte física como su parte moral, apenas se advertía en élla la complaciente y festiva niña de otros tiempos, su carácter era entonces apático, sombrío, triste, propenso á la melancolía. Lentamente se estaba acabando aquella estrella de prístinos esplendores y no iluminaba ya ni en su hogar.

Rivera veía que pronto el infortunio le daría aquel golpe fatal: su hija....la hija adorada de su corazón, estaba pronta á descender al sepulcro: el mundo era un inmenso desierto para su corazón, no podía explicar lo que sentía, las palpitaciones de su corazón eran tan fuertes, tan intensas, que parecía que el pecho iba á ronpérsele.

Su anciano padre que vió y conociò desde un principio el motivo del cambio de su hija y que juzgaba en su solicitud de dónde partían sus sufrimientos, le espiaba continuamente.

Ella no salía de su cuarto, sino por mucha urgencia y breves instantes; pero su padre, los momentos que sus ocupaciones le permitían, permanecía oculto en el aposento de ésta y en más de una ocasiòn soprendióla llorando: entonces en su carácter de padre trataba de interrogarla sobre sus penas á lo cual contestaba arrojándose en sus brazos y dando curso á sus lágrimas: largo rato permanecían llorando, entrelazados, mezclando sus lágrimas: ase-

mejábanse la débil planta apoyada al fuerte roble.

Pero pasaban tan dolorosas escenas que aminoraban las fuerzas del anciano Rivera y destruían el aroma de la juventud en la hija y luego volvían á quedar lo mismo que antes.

Otras veces hallábala escribiendo largos pliegos: luego interrumpía su trabajo, se ponía á leerlos, dejaba este trabajo también para dar corriente á los suspiros y las exclamaciones, las cuales eran ininteligibles para todos.

Qué escribiría la hermosa niña mojando su pluma en lágrimas amargas.....!

Sería el bosquejo de su vida que tan bella presentòsela en la alborada de su juventud, ó vería quizás la historia de una noche de fiesta y placeres, de una noche de goce inmenso, de una noche de encantos y alegría, cuyo recuerdo flotaba en su mente.

Nadie lo sabía....

La existencia de Clorinda era un misterio impenetrable para todos, tenía una muralla infranqueable, su silencio.

De repente hubo alarma en la ciudad de... Clorinda había sido niña mimada y el encanto de toda la sociedad donde vivía y Clorinda se moria.... se moría en la primavera de la vida....

Aunque élla esquivaba la sociedad y el trato de las gentes, aquella sociedad la amaba como á su hija primogénita ama un buen padre de familia: todos se quejaban de su aislamiento, ansiaban su amistad: había sido tan buena.... tan generosa, y amable que aún vivía indeleble el cariño para la dulce niña en todos aquellos vecinos.

Un acontecimiento vino á poner en movimiento á las familias todas y el que nadie esperaba en el pueblo.

Clorinda escribió una carta....á quién.... á una amiga antigua con la que se habían tratado como hermanas, concebida poco más ó menos en estos términos:

Señorita Rosa Hernández.

P.

Mi querida Rosa:

Alcansa perniso de tus padres y ven á pasar unos días á mi lado, serán pocos; pues contados están los días de mi vida en el reloj del tiempo: creo que vendrás: hasta la vista. —Tuya.

Clorinda.

Rosa amaba con cariño entrañable á Clorinda: al recibir la carta que nuestros lectores conocen y la petición que en élla le hacía, volò al lado de sus padres y les mostró la carta de su doliente amiga: ellos por toda respuesta le dieron su asentimiento para que fuese hacerle compañía á la hija de Rivera.

Fué tal el placer de que Clorinda llamase á Rosa la *rubia del pueblo* que corrió con fuerza la noticia y todas habrían ido gustosas, pero Clorinda sólo á Rosa llamaba, luego sólo á ésta necesitaba.

Llegó ligera como una gacela á la casa de su antigua amiga y como hacía algún tiempo que no la visitaba, al llegar mandò á anunciarse; pero los asistentes de la casa estaban enterados de que iría aquella señorita y la introdujeron inmediatamente á la pieza de Clorinda: ésta estaba en el lecho: este día no había podido levantarse de él: sin enfermedad conocida aparentemente estaba moribunda.

Rosa avanzó decididamente hasta el lecho, allí en medio de blancas cortinas cogidas por lazos celestes, vestida de blanco y cubierta con un abrigo de seda, también celeste, estaba Clorinda la amiga de su corazón.

Tenía los ojos medios cerrados, adormecidos y envueltos por largas pestañas negras: parecía no haber sentido el roce del vestido de Rosa y ésta no quería molestarla: la contemplaba en silencio, apenas reconocía en élla rasgos de aquella festiva amiga.

MARÍA GUADALUPE REYES.

(*Continuará*)

LOS TRES VELOS DE MARIA.

(*Paráfrasis de una balada en prosa de Henry Mürger*)

I.

El primer velo de María era
de puro lino, lo tejiò élla misma,
más blanco que la nieve, y vaporoso
como un girón de pálida neblina.
Bordó sobre la tela una guirnalda,
formado con la seda florecillas

que, por lo naturales, las abejas
con su aleteo á acariciarlas iban.
Una sola ocación el blanco velo
lució la pura candorosa niña,
y fué aquel día en que por vez primera
hizo su comunión en la capilla.

II.

Era el segundo velo, un velo negro
de lana que así obscura parecía,
ser por los tristes genios de la noche
con girones de sombra entretejida.
Empezólo á bordar con esas flores
que estan junto á la tumba, siempre vivas,
l día aciago en que su santa madre
el seno de la muerte fué á la vida.
o regó con sus lágrimas, y solo
e lo puso una vez la pobre niña,
iando, buscando amparo en el convento
hizo esposa de Cristo en la capilla.

III.

El tercer velo de María era
ul-celeste y de labor divina,
lpicado de estrellas, como el cielo
una noche azul, limpia y tranquila.
staba embalsamado y su perfume
mo fragancia del Edén olía;
a no lo tejio, su ángel custodio
en que fué quien se lo dió á la niña.
a vez lo llevó... y fué en la tarde
plegarias y cánticos se oían
n busca de su madre, una alma huérfana
jaba olor á tumba en la capilla.

ROMÁN MAYORGA RIVAS.

PAGINA DE MI CARTERA

noche había extendido su ala negra so-
mi espíritu. Hubo en mi cerebro uno co-
oscurecimiento de ideas y en mi alma una
y dolorosa agonía de ilusiones. Llegó
ensueño con su cortejo de nieblas, que po-
poco iban envolviendo mis rosados ensue-
para precipitarlos en el abismo de la du-
que es el gran cementerio en donde yacen
tados todas las tristes y fúnebres esperan-
Un crepúsculo de palideces invernales
sobre la tierra su opalino encaje ama-
rillento, y en la límpida inmensidad empeza-
ban á brillar las estrellas con fulgores platea-
dos. Por el oriente grandes nubarrones erra-
ban como fántasmas, mientras allá, á lo le-
jos, en las montañas que se delineaban en el
horizonte, una ténue neblina se disipaba á
las caricias de las brisas de la tarde.

Bajo los grandes árboles la oscuridad era ca-
si completa: la quebrada, crecida por el agua-
cero de la víspera, rumoreaba sordamente en-
tre los peñascos y guijarros, y un extraño pá-
jaro negro posado en la rama de un pino cor-
pulento, lanzaba por intervalos graznidos mo-
nòtonos. La naturaleza y el alma mezclaban
su doliente harmonía, y triste y solo enme-
dio del silencio, el recuerdo vino á herirme en
mitad del carazón. Todo estaba frío á mi al-
rededor: en mi ser, en el sitio del alma, sen-
tía una masa de hielo....

Llegó la noche y con élla el silencio, la
oscuridad profunda: sólo se oía el rumor de la
quebrada y el graznido monótono del ave que
revoloteaba encima de los grandes árboles.
Todo estaba negro ...De pronto surgió una
claridad radiosa en las brumas del alma: la
imagen de Blanca!

F. TURCIOS.

NOTAS.

Gracias.—Las rendimos muy expresivas á nuestro querido amigo J. A. Domínguez por el exquisito gusto y atinado acierto con que dirigió "El Pensamiento" en nuestra ausencia.

No podíamos esperar otra cosa de quien, con justicia, se ha conquistado el glorioso nombre de poeta.

El número del día de difuntos ha sido del gusto de todos: y entre paréntesis diremos, que el artículo de Amalia es un poema de sentimiento y de ternura escrito con lágrimas del corazón. Amalia tiene brillantes dotes de escritora: antes que todo es mujer y por eso palpitan en sus frases esas quejas del alma como sollozo de pesares ocultos.

Que nuestros aplausos sirvan de estímulo á la joven y simpática escritora, que con tan buenas aptitudes se presenta en el campo de la bella literatura!